

## NOTAS Y COMENTARIOS

### EL TEMA DE LA ANGUSTIA

Hace algunas décadas, un médico famoso, Alexis Carrel, publicó una obra que tuvo un éxito singular. Fue traducida a nuestra lengua como *La incógnita del hombre*, título acertado aunque tal vez menos expresivo que el original francés, *L'homme, cet inconnu* (*El hombre, ese desconocido*). Y es que por mucho que haya avanzado el saber y aun con las técnicas más sofisticadas, el hombre sigue siendo algo misterioso, precisamente en lo que tiene de más propio. Hoy la resonancia magnética nos permite escudriñar minuciosamente el interior de nuestro cuerpo; hace medio siglo, cuando era estudiante de medicina, un profesor me hizo ver los núcleos de mis propias células. La psicología profunda puede, con más o menos éxito, detectar traumas escondidos en el inconsciente. Pero la filosofía, que es la disciplina que primero se ocupó del hombre, nos declara que, contrariamente a los pronósticos optimistas del racionalismo, desde Descartes hasta sus epígonos más cercanos a nosotros, nuestro conocimiento de nosotros mismos es deficiente.

Esto, por supuesto, no ha desalentado a los filósofos. Es verdad que algunas tendencias recientes, como el estructuralismo de Foucault, concluyen en un escepticismo que llega a negar la existencia del hombre como sujeto; pero también es cierto que hasta autores tan desconfiados de la validez de la ciencia, como el epistemólogo Popper, hayan afirmado que ya se ha exagerado en exceso la limitación del conocimiento humano. Pero a la vez han surgido líneas filosóficas centradas en la determinación del tema del hombre. Hay un humanismo liberal, un humanismo marxista, un humanismo tomista, un humanismo existencialista. Precisamente al existencialismo le debemos la reflexión filosófica sobre temáticas que parecían ser más bien propias de la psicología o de la moral, cuando en realidad tienen un sentido metafísico profundo.

Notemos que en nosotros hay zonas inteligibles y zonas oscuras. Podemos objetivar en conceptos y nociones lo que captamos intelectualmente. Así definimos, con mayor o ínenor claridad, lo que entendemos. Pero cuando salimos del plano de lo definible, entrarnos en la oscuridad. Por ejemplo, todos sabemos qué es el color rojo, pero no lo podemos definir. Lo sensible no es directamente inteligible. Mas difícil es el ámbito de los sentimientos, de las emociones y de las pasiones. La gran mayoría de los filósofos han tratado esta temática, pero de un modo indirecto, como un ingrediente necesario para reflexiones de otra índole; por ejemplo, moral, ética o psicológica.

Santo Tomás, que en el siglo XIII analizara admirablemente el dolor, la tristeza, el miedo, el temor, determinando sus objetos, sus causas y sus efectos, en un estudio que merece ser releído por su profundo sentido humano y su precisión, no se detuvo a tratar de la angustia, aun cuando la menciona en repetidas oportunidades. Por ejemplo, al tratar del ansia de felicidad que bulle en el interior de cada hombre y como ni los bienes sensibles que tantos afanosamente buscan ni los bienes intelectuales que famosos filósofos consideraron como el fin de la vida humana logran satisfacer plenamente, exclama: «¡Cuántas angustias padecieron esos pleclaros pensadores, desconocedores que el bien perfecto sólo se encuentra después de esta vida!».

Aquí parecería ubicarse la noción de la angustia. No se trata del miedo, reacción afectiva ante un mal inminente y difícilmente superable, ni del temor, reacción ante un mal remoto que parece insuperable, sino de algo más hondo: el sentir que el anhelo de una felicidad total radicada en lo íntimo de nuestro ser carecería de objeto: se enfrentaría con la nada.

Es en el siglo pasado que el filósofo danés Søren Kierkegaard trató de precisar el concepto de «angustia». Estudiante en Copenhagen, para ser pastor luterano, recibió el impacto de una confesión que le hizo su padre antes de morir: él era el «hijo de la maldición». Había sido pastor de ovejas; sufriendo extrema pobreza, había ido a una playa solitaria, y levantando su puño, maldijo a Dios. Desde entonces, todo le comenzó a ir bien; acompañó a un tío en un comercio de telas, del que fue pronto dueño, y amasó una gran fortuna. Fué un ciudadano respetable, amigo de los obispos luteranos, pero afectado de una constante angustia por su acto blasfemo. Aunque iba a misa y comulgaba, tenía una tremenda conciencia de culpa. Para entenebrecer aún más su pesimismo protestante mechado de calvinismo, tras enviudar sin hijos había tenido relaciones con su sirvienta, con la que después se casó. Su conciencia lo llenaba de temor y temblor, que transmitió a sus hijos.

Søren, moldeado por lo que más tarde llamó «una educación insensata», vivió siempre teniendo ante sí la espada de Damocles de la condenación eterna. Una interrupción de sus estudios eclesiásticos para entregarse a una vida licenciosa no lo alejó de su angustia. Vino luego la dramática confesión de su padre. Tras una estadía en Alemania, donde conoció el idealismo de Schelling, distinto del de Hegel, que cultivaban algunos clérigos daneses, retornó a su vocación pastoral. Pero tampoco pudo realizarla. Al fallecimiento del obispo luterano Mynster, su vicario (y después sucesor) Martensen hizo un elogio fúnebre en el que lo presentaba como un «testimonio de la verdad». Esto irritó a Kierkegaard, para quien los obispos y pastores de la Iglesia Establecida eran funcionarios burgueses del gobierno, sin preocupaciones pastorales, mundanos y alejados del cristianismo interior.

La reflexión sobre su propia existencia llevó al pensador danés a esclarecer que la realidad no es un juego de abstracciones, sino ante todo una subjetividad vivida que hace que cada uno sea «único» para sí mismo. La gran mayoría de los hombres vive una existencia inauténtica, sin preocuparse sino por sus satisfacciones, sean éstas sensibles o intelectuales; y aun éstas son casi siempre un refinamiento de la sensualidad. Es lo que llama el «estadio estético», tomando este término, no en el sentido de Baumgarten, como teoría de la belleza y del arte, sino en el derivado del griego, como el ámbito de lo sensible (αισθητικός). Pero esta vida asentada en la diversión y el placer termina fatalmente en la insatisfacción, en el aburrimiento y en la desesperación. Pero la desesperación puede superarse por un «salto cualitativo» a otro estadio de la existencia, el estadio ético.

Experimentada la inconsistencia del placer, la rectitud de vida se presenta como una instancia más elevada y sólida. El cumplimiento del deber, la justicia, la solidaridad, instalan al hombre en un clima moral en el que puede sentirse realizado. Sin embargo las virtudes humanas son frágiles y sobre todo las normas éticas, al ser generales, masifican, según Kierkegaard, al individuo: lo llevan a perderse en lo general, en la masa, olvidando su singularidad. Al comprender esto aparece la necesidad de un nuevo «salto cualitativo» al estadio de existencia religiosa. Precisamente es en la existencia religiosa donde el hombre vive su singularidad. El caso de Abraham

escandaliza a la mente ética: recibe de Dios el precepto de matar a su propio hijo en sacrificio ritual. No lo puede decir a nadie, ni a su mujer, ni a su criado, ni a su víctima. Está solo, delante de Dios, con temor y temblor. Va a faltar a un mandamiento, pero va a hacerlo, obedeciendo al Señor. Su actitud de fe le merecerá no sólo el ver impedido ese acto horrendo, sino que lo constituirá en padre de numerosos pueblos. Kierkegaard quiere subrayar vigorosamente que la relación con Dios es absolutamente singular, contra el autonomismo moral de Kant o la universalidad normativa de Hegel.

Estas reflexiones, admirablemente valiosas en cuanto reflejan un drama personal, pero empañadas del pesimismo que campea en diversos aspectos del luteranismo, están vertebradas en el concepto de la angustia. Kierkegaard separa la noción de miedo de la de angustia: aquél es la reacción ante un peligro y ésta ante la nada. La angustia existencial estaría íntimamente relacionada con el pecado: por una parte, es consecuencia del pecado, pero, por otra, es anterior a él. No surge de algo exterior, sino de la existencia misma de cada uno. Porque cada individuo debe realizar, por sus opciones libres, su propio destino. Y es allí, en la libertad, donde aparece la posibilidad de pecar y de condenarse y con ella la angustia. Ella conduce, con la ayuda de la fe, a la unión con Dios.

Esta visión religiosa incluye elementos que un siglo más tarde serán laicizados por la filosofía existencialista. Destaquemos sólo uno referente a la angustia. La libertad nos hace optar, pero al optar se aniquilan las posibilidades distintas de lo elegido. La nada de bondad que es el pecado se convertirá simplemente en la nada metafísica, la anulación del ser. Pero antes de los existencialismos del siglo XX, la angustia ha sido estudiada desde el punto de vista psiquiátrico por Sigmund Freud. Sus observaciones muchas veces rozan con lo filosófico.

El padre del psicoanálisis distingue entre la angustia, el temor y el pavor. La angustia es un estado de expectación de un peligro desconocido; el temor es la reacción afectiva ante un peligro concreto que puede superarse; el pavor es ante un peligro sorpresivo que parecería insuperable. En la angustia Freud ha distinguido la «angustia objetiva», producida por factores fisiológicos, de la «angustia neurótica», debida a causas psíquicas. La angustia objetiva paraliza la acción, detiene la respiración y origina una contracción torácica, de donde proviene el nombre de angustia (estrechez). La angustia neurótica tiene una difícil etiología: ciertas fobias imprecisas, impulsos sexuales insatisfechos y no sublimados, sentimientos de desprotección. Ya al nacer aparece la angustia de ser lanzado al mundo fuera del abrigo seguro del útero materno. Sobre ella se engarzan otros factores que la hacen culminar en neurosis.

El metafísico Martin Heidegger ha replanteado la pregunta por el ser. Y busca la respuesta en el análisis fenomenológico del «Dasein», el ser del hombre. Ante todo es un «ser-en-el-mundo»: está «arrojado» en el mundo y como abandonado ante cosas que debe utilizar y así darles sentido: están «a la mano» como utensilios. Y también ante otros existentes humanos. Debe cuidarse del mundo porque lo vuelca a él, haciéndolo vivir del «se»: se dice, se habla, se comenta... Diríamos en nuestro lenguaje que se masifica. Debe pasar del «se» al «sí»: ser uno mismo, reconquistar su propio ser. Pero allí encuentra su finitud: es, pero antes no fue y tras vivir no será. Está asentado sobre la nada; de ahí la angustia existencial consubstancial al «Dasein» cuando no está «distráido» por el mundo.

Ha agudizado esta posición Jean-Paul Sartre. También centra sus reflexiones en el ser. Pero el ser no es sino «lo que es», idéntico a sí mismo, compacto, sin interioridad, puro aparecer sin que haya nada tras la apariencia. En este «ser en sí» se abre una grieta: lo invade la nada. La nada es la conciencia. Porque la conciencia es siempre la conciencia de algo. Si quitamos ese «algo» nos hallamos con la nada. Y como la conciencia constituye al hombre, éste es una nada que quiere llegar a ser, pero infructuosamente. Por ello define al hombre como «una pasión inútil». De ahí la angustia. Y ante los otros, la nada de cada uno presenta una máscara: quiere aparecer como algo que no es. Estamos, por lo tanto, eternamente incomunicados, obrando de mala fe, enfrentados conflictivamente. «El infierno son los otros».

Las elaboraciones de los filósofos existencialistas sobre la angustia, ligadas a sus concepciones metafísicas, que son de difícil lectura, aun para los especialistas, han constituido un aporte positivo en cuanto llamada de atención sobre un aspecto soslayado por el racionalismo, pero eminentemente humano, no sólo en cuanto fenómeno psíquico, sino metafísico. Han destacado la contingencia, la finitud y la indigencia de la existencia humana. Han replanteado el problema de la nada, a la que sin quererlo le asignaron cierta positividad, dando un cariz negativo y pesimista a sus conclusiones. Han acertado en el nexa entre la libertad y la angustia. Así han tocado el tema teológico: la angustia ante la nada es la posibilidad de elegir la nada-de-bien que es el pecado.

El cristiano sabe que Cristo ha triunfado de la muerte y del pecado con su resurrección y que en la medida en que está unido a Él por la fe y el amor también será triunfador de la angustia, que puede afectarlo pero no derrotarlo. No está solo en el mundo, sino acompañado por hermanos que, aun siendo falibles como él, son todos hijos de un Padre que los ama y los perdona. Dios respeta la libertad de cada uno de los humanos porque los hizo libres y no podría contradecirse a sí mismo. Y fortalece con su gracia las limitaciones de la libertad. Jesús ha dicho: «Sin mí, nada podéis hacer»; nada en el orden del bien. Pero podríamos revertir la frase conservando su sentido: «Sin mí, podéis hacer la nada», y entrar en la oscuridad de la angustia. Pero ésta ya está vencida por el sacrificio de Cristo que nos abre la luminosa perspectiva de su esperanza.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

Seminario Arquidiocesano de La Plata.



## SOBRE LA EXPERIENCIA ESTÉTICA

Como tantas veces se ha dicho, el mundo del arte implica un artista o productor, una obra de arte o producto y finalmente un amante del arte o consumidor. Situándonos en este último punto de vista, con talento personal o sin él, el contemplador aspira a solazarse con los productos artísticos que admira, a esparcir con ellos sus